

## CARTAS DESDE LES GRANGES - V

### Quinta carta

2 de febrero de 1945

Mis queridos amigos,

La historia de la Iglesia no puede separarse de la del mundo. Por su estabilidad y continuidad internas, la Iglesia es fuente de estabilidad y continuidad para la sociedad. Trata de contener al mundo en las pendientes fatídicas que éste encuentra en su marcha a tientas. También intenta sacarlo de los callejones sin salida en los que se mete sin saberlo. Hace esto a través de los cristianos, hombres débiles y pecadores como los demás, tentados por las idolatrías de su tiempo y por los intereses egoístas que intentan dominar. Debilidad e imperfección de sus medios, grandeza y exactitud de sus deseos o, mejor dicho, de sus intuiciones maternas. Tal es el drama de la Iglesia; drama que resulta tanto más trágico cuanto más impotente parece para hacer o conseguir lo que, sin embargo, ve tan claro que debe hacer. Intentemos tener una visión un poco más amplia de la acción de la Iglesia en los últimos siglos. Es el momento propicio. La evolución de la crisis iniciada en el siglo XIX está lo suficientemente avanzada como para que nos desprendamos de los prejuicios que oscurecían las luchas de ayer y veamos dicha crisis con más precisión y serenidad. Este intento no es por eso menos pretencioso. Soy consciente de ello. Pero, en cualquier caso, concededme que una visión de conjunto nos será útil, sea cual sea la exactitud de los detalles, si confirma los puntos de vista evangélicos que hemos desarrollado en las cartas precedentes.

La Iglesia inició las luchas de la edad moderna con una vitalidad mermada por el nacimiento del protestantismo y por las derrotas sufridas en el siglo XVIII. Entonces aún tenía una posición social eminente. Las instituciones y las costumbres aún seguían marcadas por su sello. La estabilidad y la continuidad reinaban en todo. Se respetaba la ley de Dios así como las leyes de la Naturaleza, inmanentes en la carne del hombre. Al menos, una y otras se hacían respetar por la autoridad de las instituciones y el veredicto intolerante de las costumbres. Sin duda, en este punto de partida, que he fijado de forma bastante arbitraria en vistas a la comodidad de la exposición, la fermentación de las mentes ya había comenzado. Sin embargo, esta fermentación aún no había llegado al suelo humano propiamente dicho. Las nuevas doctrinas de liberación iban por delante de las costumbres, incluso de quienes las profesaban. Y puede decirse que una moral libertina era más una bravuconada de las mentes más jóvenes que una degeneración real del cuerpo social. En fin, el mundo era pecador igual que lo había sido el precedente. Volvía a girar una vez más en torno al árbol de la ciencia y de la vida. Pero aún estaba sano.

Entonces llegó el día en el que las fermentaciones populares comenzaron. Al principio, sólo se vio afectada la mente. El cuerpo se mantuvo sano durante mucho tiempo. Las aspiraciones cristianas no eran ajenas a este movimiento de base, en particular, al sentido de justicia y de fraternidad. Pero estas dos hadas madrinas no eran las únicas junto a la cuna. Complejidad de los movimientos revolucionarios, que se alimentan de todo lo que les favorece y se cubren con todo lo que los adorna. Pero ¡qué eclécticos y qué fáciles son! Son tanto una reacción saludable, del organismo que se defiende de la enfermedad, como un absceso que crece y revela una podredumbre escondida. Ante la rápida evolución de la crisis, que parecía que no iba a detenerse hasta poner en tela de juicio todos los pilares de la sociedad, es decir, la, la moral, las instituciones y los estamentos sociales, la primera actitud de la

Iglesia parece que fue, principalmente, la de respaldar todo lo que todavía se mantenía en pie, con vistas a intentar estabilizar la sociedad. La Iglesia, que es la estabilidad en persona en medio de las convulsiones políticas, ¿no tiene el deber de remediar, en lo posible, cualquier ruptura que ponga en cuestión tanto los logros del pasado como la solidez previsible de los del futuro? Sin embargo, no supo conseguir esta estabilidad social sino preconizando la conservación social, incluido todo lo que dicha conservación conllevaba de injusto y de ocasional. Los artífices de su acción social y política, ¿tenían, en su conjunto, las luces y las virtudes cristianas que podrían haber hecho de ellos los verdaderos pioneros de un nuevo orden social aún posible? La cristiandad no estaba en su momento más claro ni vigoroso. Había sido lo primero en ser atacado, como si, con buena táctica, tuviera que ser débil para que su adversario pudiera continuar su obra maléfica. Pero aun suponiendo que todos los cristianos hubieran cumplido con su deber, ¿el remedio vislumbrado era en adelante suficiente? Quizás el mal era ya demasiado profundo como para ser curado desde fuera. Puede que la autoridad, las instituciones y la moral ya no tuvieran el vigor interno, la integridad que las hubiera permitido sellar la brecha. En cualquier caso, la Iglesia perdió el primer asalto de la batalla y, con él, su lugar dentro del país. Sólo ganó la oportunidad de recuperarse mediante un retiro político y social. El final del siglo XIX y el principio del XX fueron bien aprovechados y prepararon su reaparición en la escena del mundo.

Esta reaparición, que podemos fijar, sin ser demasiado precisos, hacia el final de la guerra en 1918, le planteó un nuevo problema, en realidad un viejo problema, ya vivido en la época de Constantino, cuando, saliendo de las catacumbas, participó en la vida pública del Imperio. De nuevo tuvo que pedir derecho de ciudadanía. La Iglesia, que había construido Francia más que cualquier otra institución, tuvo que hacerse aceptar de nuevo. Demostrar que era útil, si no divina, y pasar

por todas las etapas de una apologética completa, antes de poder afirmar su propia autoridad con la intransigencia adecuada. Cumplió con este requisito no sin éxito pero esto no estuvo exento de peligro.

No fue difícil para los cristianos reconocer, en el bagaje intelectual de sus adversarios de ayer y de sus aliados políticos de mañana quizá, muchas de las riquezas de la doctrina de la Iglesia. Sin duda, este buen grano no estaba exento de cizaña. Pero, ¿qué importaba, al menos para empezar? Este reconocimiento fue un excelente punto de partida para ella. La Iglesia pudo seguir manteniendo fuertes vínculos con los partidos políticos y las clases sociales a los que antes había favorecido dentro de su objetivo de estabilización social. Sin embargo, su parte más activa buscaba ahora, sobre todo, ganarse el derecho de ciudadanía, conquistar la simpatía de los nuevos dirigentes del momento y —¿por qué no?— su conversión. Viví personalmente este generoso y poderoso esfuerzo en la Educación Pública. En 1919, el grupo de los católicos de la Escuela Normal Superior aún se cubría bajo la apariencia de un grupo de caridad, estilo San Vicente de Paúl. Nuestro capellán, el respetado abate Portal, no pisó ni una sola vez la Escuela. Desde entonces, ¡cuántos cambios, y no sólo en nuestra Escuela, donde ya reinaba un liberalismo de buena ley, sino en todas las escuelas normales de maestros, entonces verdaderas ciudadelas del espíritu laico más estrecho, donde la violencia de la moral primitiva sustituía el eclecticismo de una clase social más sutil! Desde entonces, ¿qué no se podría decir acerca de la penetración de nuestros movimientos especializados en los medios populares y campesinos? En fin, en el ámbito propiamente dicho de la inteligencia, hoy se reconoce, casi universalmente, que uno puede ser cristiano y no ser un imbécil. Quienes aún sostuvieran lo contrario pronto serían juzgados con dureza, por lo regular. Aunque esto pueda sorprender a los jóvenes católicos de hoy, ello indica el cambio vivido en tan sólo treinta años.

Sin embargo, el esfuerzo apologético y el éxito obtenido no estuvieron exentos de peligros. Llega la hora de insistir en ello porque, a fuerza de buscar el buen grano, olvidamos la cizaña. A fuerza de ser modernos, ¿somos acaso sólo por eso más cristianos? En cada uno de nosotros anida un neo-pagano que no pide sino crecer, él también, que cree encontrar apoyo en las apologéticas contemporáneas, en especial en las más populares. Nuestro cristianismo está por la colaboración con los hombres de buena voluntad pero esto, ¿no lo podría hacer degenerar, dado que la buena voluntad no basta para caminar por la senda de la verdad? Hacen falta muchas otras virtudes naturales, arraigadas en la naturaleza más profunda del hombre y, si el terreno ya está en un estado avanzado de degradación, la moral instintiva se ha extraviado y el sentido común se ha distorsionado, ¿no es de temer que la sinceridad y la buena voluntad despisten y contaminen el sentido común, aún preservado entre los cristianos cuya moral está aún exacta? Además, la conquista de este aprecio y de este derecho de ciudadanía, ¿no va acompañada del ascenso social de bastantes cristianos? Entonces, un deber fácilmente comprensible es que tal maestro acepte ser inspector de primaria y tal inspector de primaria llegue a ser director de una Escuela normal, etcétera. Pero ante esto, que es lo correcto, ¿cómo vacunarse contra la ambición que despunta entremezclada con la causa cristiana? ¿Cómo luchar contra los abandonos y cesiones que las situaciones oficiales exigen poco a poco? No insistiré en esto porque ya he hablado suficientemente de ello, en lo que atañe a mí mismo.

Este eficaz y necesario esfuerzo de apologética tropezará, además, con una objeción más esencial aún, que quizá ya habéis conocido. En suma, el objetivo es adquirir derecho de ciudadanía, ocupar un lugar junto a los demás en la ciudad, colaborar con los antiguos adversarios que, durante tanto tiempo, nos han ignorado religiosamente por no decir fanáticamente. Suponiendo que lográis este objetivo y admitiendo

que vais así por el buen camino, ¿acaso no llegaréis demasiado tarde, esto es, cuando la ciudad ya se esté derrumbando? Si incluso ahora mismo ya se os escucha con tanta atención y se os acoge con tanta cordialidad, ¿no será porque los amos del momento no están ya muy seguros de su propia autoridad, al menos de cara al día de mañana, e instintivamente presienten el escollo al que la nave se dirige fatalmente? ¿No será que buscan vuestro apoyo pero no quieren convertirse? Quieren vuestra fuerza espiritual, tal como llegan a decir incluso, pero sólo para lograr su objetivo, tan sólo material. Además, no les desagrada ponerlos en un compromiso. Y si un día necesitasen deshacerse de aliados demasiado molestos, sabrían muy bien cómo ponerlos en contradicción con vuestras actitudes anteriores. Si esto fuera así, en lugar de colaborar, ¿no sería mejor definirse claramente? ¿No sería mejor ser lo más cristiano posible aunque esto signifique contrariar algunas buenas voluntades y prepararse para el porvenir? Tras el tiempo de la apologética, ¿no tendría que venir el tiempo del profetismo? Digámoslo de otra forma pues quizás el término de profeta la propia tradición cristiana lo ha empobrecido y distorsionado. Después del tiempo de la mano tendida, ¿no tendría que venir el tiempo del signo de la cruz?

Me gustaría precisar mis ideas sobre dos cuestiones concretas. Veamos la primera. Hace unos años escuché a un sacerdote de gran valor y al que tengo en alta estima dar una conferencia sobre el siguiente tema: "El cristianismo, ¿ha desvirilizado al hombre?" Evidentemente, el objetivo era responder a la objeción que, entonces, le planteaba al cristianismo un naturalismo neopagano de inspiración hitleriana o fascista que, sin embargo, tampoco era ajeno a algunos libros como los de Giono por ejemplo (1). La respuesta no era muy difícil

---

(\*) Jean Giono (1895-1970) fue un novelista francés que M. Légaut dice haber leído en *Patience et passion d'un croyant* (1976, pp. 38 y 43). Ver: *Cuadernos de la Diáspora* 25, pp. 43 y 47.

aunque las críticas, por otra parte, no carecían de fundamento. Era una conferencia innegablemente útil pero, en aquel momento, en 1940, yo acababa de comprobar, personalmente, el desorden y la degeneración de los entornos humanos a los que, ciertamente, el cristianismo no había llegado; degeneración mucho más grave que la que podría señalarse, con razón, por ejemplo, entre los alumnos de algunas escuelas privadas o entre los jóvenes de algunas familias católicas. Sentía surgir en mí la ira contra el mundo moderno que no sólo destruye todo el capital material por sus rivalidades populares y económicas y por sus prodigalidades demagógicas, sino que ataca también el capital humano mismo para dejarnos aún más empobrecidos. Veía las fábricas que necesitan constantemente abastecerse de campesinos para poder funcionar y que, para encontrar mano de obra a menor coste, no dudaban en despoblar pueblos enteros o en corromperlos hasta hacerles perder el gusto por sus antiguas virtudes, por sus venerables costumbres. Y junto a esta desintegración, tan frecuente, y que fue la base de la fortuna de tantos industriales de principios de siglo, percibía la contaminación general de las mentes, fomentada técnicamente para que periódicos y cines prosperasen. Veía la desmedida publicidad, las ventas a plazos, las actividades de ocio absurdas, que minan el carácter mediante toda clase de facilidades tentadoras y engañosas. Y en todas partes el orgullo que socava los cimientos de la estabilidad al negar al hombre un pasado más grande que él mismo y al quebrar toda tradición y toda veneración. Por eso, yo hubiera pronunciado otra conferencia: "Los cristianos reprochan a la civilización moderna haber corrompido al hombre de forma que ya no puede captar lo religioso". Nos convertíamos así en fiscales más que en abogados. Estábamos en nuestro territorio, no de visita en tierra extraña. Estábamos en la línea del futuro y no confinados en un presente moribundo. Antes de entonar con el mundo el himno del prodigioso crecimiento de la humanidad, deberíamos alzar la voz para criticar, clara y valientemente, lo que no

va, lo que conduce a desastres que, si fuesen reparables, necesitarían siglos para conseguirlo. Deberíamos hacer sonar la alarma. Como hacían antiguamente los profetas. Sus críticas precedían a su mensaje de esperanza porque tuvieron la serenidad y la valentía propias de los censores que lograron la elocuencia que procede del optimismo que nadie supera y que sólo repetiremos o plagiaremos.

Y ahora os hablaré de un segundo aspecto práctico de mi pensamiento. Se ha vuelto muy común entre los cristianos, y particularmente en sus medios, culparse de las desgracias de los tiempos; reconocer, en concreto, los defectos de un cristianismo antiguo que los modernos creen que ellos no repetirán. Sus críticas son a menudo acertadas y oportunas pero sólo les gusta hacer un relato que enumere las deudas de las generaciones cristianas pasadas o de los círculos conservadores que, en su día, llevaron las riendas de la política. Nadie se siente llevado por el mismo celo a decir lo que tenían de positivo aquellos círculos y aquellas generaciones, y que nosotros hemos perdido después. No parece haber ironía suficientemente mordaz ni elocuencia demasiado vigorosa a la hora de criticar tanto a la burguesía difunta o ya moribunda como a los medios bienpensantes de principios de siglo o de finales del anterior. Aún no he leído un solo artículo que tome como ejemplo, aunque sea con moderación y modestia, las virtudes de economía, de trabajo, de frugalidad y de humildad que están en el origen de dichas clases sociales. Intentemos comprender de dónde proviene una actitud semejante, muy extendida en nuestros medios juveniles. ¿Proviene de un deseo de sinceridad total, que no teme la humillación de una confesión pública incluso ante quienes no son de la familia y pueden utilizar dichas confesiones a su antojo? Se trataría de una actitud noble, propia de personas vigorosas, a las que no podríamos felicitar bastante por ello. Pero, si esta actitud fuera exacta y casi sólo eso, ¿no deberíamos ver, el mismo deseo de sinceridad total, dirigido a otra parte, es decir, no sólo aplicado a

una categoría particular y especialmente humillada hoy de cristianos? ¿No deberíamos ver, en nuestros periódicos y en nuestros conferenciantes, la crítica de todo lo que es falta y vicio en quienes no son cristianos y con quienes queremos colaborar; una crítica que todo el mundo entendería? Este noble deseo de total sinceridad, ¿no tendría algo que decir sobre la nueva generación, que ahora asume la responsabilidad de hablar como cristianos, si no en nombre del cristianismo? ¿No debería esta sinceridad total llevar a nuestros oradores y autores a confesar ellos mismos sus fallos y pronunciar también su mea culpa no golpeando en el pecho de los vecinos sino en el suyo? Digámoslo claro: asistimos al desarrollo de las mismas tendencias de antes. Practicamos una apologética que solicita a los poderosos de turno, el derecho a participar en los asuntos públicos. La diferencia es que quienes la practican son, en general, menos cristianos y más políticos que los anteriores, ya sea que escriban para las masas (y no para un cenáculo de eruditos) ya sea que sean más libres por no ser, en general, clérigos sino laicos. Esta diferencia explica la falta de delicadeza y los excesos de lenguaje en artículos y conferencias que, sin embargo, se incluyen en la línea inicial, más discreta, de muchos de nuestros apologistas contemporáneos.

Para lograr el objetivo –loable en sí– de presentar un cristianismo comprensivo, abierto a todas las novedades, dispuesto a todas las posibilidades, la tendencia es desmarcarse rápido de todo lo que puede desagradar, además de no mencionar nada que pueda disgustar al otro. Obrando así, ¿no es normal que lo reciban bien a uno? Pero, cuidado, porque no conozco crítica más radical, dirigida a un apologista de este tipo, que la de aquél que dice de él: "Estoy de acuerdo en todo con él; encuentro en sus escritos mis pensamientos más preciados. Incluso me descubre a mí mismo de tanto como está en mi misma línea. Pero, entonces, ¿por qué él es cristiano si yo puedo ser como él y no tener fe?" En política como en otros temas, si los cristianos, siempre fascinados por el

deseo de ser apreciados, de agradar y de ser aceptados en el mundo y obtener el derecho de ciudadanía, llegaron a tener unas actitudes y doctrinas políticas o sociales tales que la sociedad pagana actual pudiera suscribirlas totalmente sin necesitar plegarse a las reglas de la moral y de la ascesis cristiana, y sin necesidad de hacerse cristiano, creo que no deberían felicitarse por ello. Creo que, si se tratara de una conversión, tendríamos que hablar de la conversión de dichos cristianos al mundo. También podríamos llamar a esto de otra manera: a fuerza de demasiado desear que nos comprendan, que nos aprueben, que nos sigan, ¿no seguimos, aprobamos y comprendemos demasiado nosotros a los demás, y no es esto ser un falso profeta?

La Iglesia fue utilizada antaño por los conservadores para bendecir su situación social. Se prestó a ello porque quería estabilizar las virtudes básicas, sin las que ninguna sociedad puede vivir de forma sostenible. Se sometió al fariseísmo de la derecha, donde la práctica externa de la religión sólo es una forma de vaciar la religión de todo contenido religioso. La Iglesia, tras un tiempo de retiro muy provechoso, ha recuperado la fuerza juvenil y la fe viva. Ha tratado de salvar lo que hay de generoso y de cristiano entre los revolucionarios, en los que ha confiado. Le atraía conseguir contener el torrente popular y llevarlo hacia otro destino que no fuera una caída cada vez más acelerada. Pero, al hacerlo, se sometió al fariseísmo de la izquierda, donde el sentimiento político de resonancia evangélica es tan puramente laico como el ateísmo. Este sentimiento saquea el tesoro de la Iglesia, le quita su marca y lo distorsiona. Es más difícil identificar este fariseísmo de izquierdas que el de derechas. El segundo es más cínico mientras el primero es más disimulado, más turbio, más insano y, por tanto, más peligroso. Pero, ¿no será, acaso, que ha sonado la hora de que la Iglesia sea por fin ella misma?

\* \* \*

Para concluir esta carta, quisiera hablaros de la acción católica, observar sus diferentes etapas, ver con vosotros hasta dónde me parece que debe llegar. Las consideraciones anteriores no nos resultarán inútiles en esto.

Al tiempo que la Iglesia esperaba estabilizar la sociedad para preservar la situación social que había adquirido, nació en su seno un movimiento juvenil lleno de futuro. Bajo el impulso del Conde de Mun <sup>(2)</sup>, la burguesía y la aristocracia, sobre todo los más inteligentes y generosos, fueron hacia el pueblo. Fundaron unos “Círculos de estudio” a los que acudían jóvenes burgueses y aristócratas para enseñar al pueblo y, de este modo, entrar en contacto con él de una forma distinta a la del rudo funcionamiento de la organización social reinante entonces. Primera forma de acción católica. Comienzo venerable. Durante mucho tiempo se permaneció en ello. Se trataba, una vez más, de preservar lo que había, pero también de transmitir a las castas sociales un soplo de caridad, de fraternidad, aunque no de igualdad humana. En una cristiandad viva, esto hubiera bastado. La justicia, en un clima cristiano, es que cada persona esté en el lugar donde Dios le ha puesto y que ella sea tan cristiana como lo es en su interior. Sin embargo, desde hacía mucho tiempo y a pesar de las apariencias, la cristiandad sólo existía de nombre. Los círculos de estudio de Albert de Mun pronto resultaron insuficientes. Y en nombre

---

(<sup>2</sup>) Albert de Mun (1841-1914) fue clave. en Francia a finales del siglo XIX y comienzo del XX, dentro del “catolicismo social”, cuyo espíritu podemos concretar en la Encíclica *Rerum novarum*. Sobre el conde Albert de Mun y el catolicismo social, ver dos capítulos (cien páginas) en: LÉCANUET R. P., *L'Église de France sous la Troisième République, III: La vie de l'Église sous Léon XIII* (París, Félix Alcan, 1930): «El movimiento social bajo León XIII y los demócratas cristianos, 1892-1893» (cap. XIII) y «La Asociación católica de la juventud francesa y *Le Sillon*» (cap. XIV). Ver también diez páginas de: AUBERT, Roger, *Nueva Historia de la Iglesia, volumen V: La Iglesia de 1848 a nuestros días* (Madrid, Cristiandad, 1977. pp. 141-142; 148-151 y 158-161). Es significativo que Légaut exponga esta perspectiva histórica en esta Carta. Indica el trasfondo social e ideal de su decisión de ir a vivir como campesino y también que contaba con que otros se unieran al proyecto.

de una justicia y de una fraternidad menos religiosas, se les reprochó, con razón, su "aristocratismo" y su "patronalismo".

Entonces aparecieron otras formas de acción católica. Sólo mencionaré los "Equipos Sociales" de Garric <sup>(3)</sup>, que me parecen característicos de una segunda etapa de la evolución del apostolado. Esta vez, no era la clase obrera la que recibía ni las clases dirigentes las que enseñaban. Garric quería un intercambio entre los miembros de sus equipos. Cada uno daba lo que tenía y recibía lo que los demás aportaban. No sin dificultad, Garric consiguió este intercambio fraterno entre los miembros de los grupos. Recuerdo las luchas que tuvo que librar, contra el espíritu de los "círculos de estudio" de De Mun, cuando los "equipos sociales", al hilo su éxito, se extendieron rápido por toda Francia. Estamos en un momento en el que la Iglesia, rehecha de su derrota mediante un período providencial de repliegue, pudo reanudar una acción, social y apostólica, que no fuera sólo clandestina o limitada a unos ámbitos restringidos. Los equipos de Garric, como los círculos de De Mun, hicieron un bien inmenso. Ahora bien, ¿es acaso erróneo decir que ambos estaban, sin embargo, más orientados al pasado que al futuro? ¿Qué obstáculos encontraron los "equipos sociales"? Seamos claros, los equipos de

---

<sup>(3)</sup> Légaut conocía bien a R. Garric (1896-1967). *Normalien* de 1914, artífice de la continuidad de grupo Tala durante la Iª Guerra, biógrafo de Albert de Mun, fundador de los Equipos sociales en 1920 y profesor de filosofía, admirado por Simone de Beauvoir quien participó en los Equipos. Garric fue discípulo de M. Portal, quien le procuró los primeros contactos con medios obreros en París. Légaut y Garric encarnan dos direcciones de la influencia de M. Portal entre universitarios. Légaut, la línea de plegaria y de estudio, de estilo monástico, y Garric, la línea social, siempre tentada por lo político. Por eso Légaut menciona a Garric y sus grupos, antes de pasar a hablar de los movimientos juveniles especializados de la "Acción católica" así como del libro *Francia, país de misión*, de los años 40. Sobre Garric, ver: LADOUS, Régis, *Monsieur Portal et les siens* (París, Cerf, 1985) pp. 344, 348-52, 355-59 y FOUILLOUX, Étienne, "J. Chevalier, R. Garric, M. Légaut: trois profils normaliens", en *Marcel Légaut, un témoin pour le XXIème siècle*, París, Temps Present, 2017, pp. 21-39.

Garric, tal vez más que los círculos de De Mun, tan sólo llegaron a una élite obrera. El mal a curar tenía un alcance más amplio que aquellos grupos protegidos que, a medida que encontraban o recuperaban la salud, se separaban de la masa de su clase social.

Fue entonces cuando prevaleció una nueva fórmula: "El apostolado del medio a través del medio". Aparecieron así los movimientos especializados y, en primer lugar, la JOC. Cada categoría social tenía su movimiento. Recuerdo un "equipo social", en una ciudad del norte, que tuvo que dividirse en dos; los equipos de obreros tenían sus círculos de estudio y los jóvenes patronos los suyos. Se sostenía que, si los equipos no estaban especializados, no se podría llegar a profundizar en los problemas de la vida moderna y cristiana. Digo esto para mostraros, con un ejemplo bien claro, la oposición de dos doctrinas. De hecho, estos movimientos –y en particular la JOC– querían llegar a la masa de su medio social mejor que los anteriores modos católicos de acción. Ya no se trataba de crear élites, de construir algunas torres de marfil, de fundar algunas capillas (¡cuántas veces hemos oído a los promotores de estos movimientos utilizar estas expresiones!) sino de conquistar a la masa. Y el apostolado, por lo general, medía el éxito de su propaganda según el valor del grupo local o del número y el dinamismo de los vastos movimientos. Pero no opongamos estas diversas formas de acción católica. Cada una hizo su trabajo. El espíritu cristiano era verdadero en ambas. ¿Quién puede culparles de las desviaciones que vivieron sin darse golpes de pecho él mismo? Cuando se actúa, se yerra a menudo; a veces, uno se equivoca pero, si Dios permanece presente en el corazón de sus apóstoles, si sus palabras permanecen en ellos, no pueden alejarse mucho de Él; y, si se desvían, el Padre de familia sabrá devolverlos a casa. Cada una de estas formas de apostolado encontró en su acción sus propios límites. Todas querían recristianizar el mundo. Cada una, como una ola de asalto, sólo llegó hasta un cierto punto, dentro de una

vasta, vastísima conquista. Los movimientos especializados – y me refiero especialmente a la JOC y a la JAC– también pudieron llegar a la masa mejor que las otras formas de acción. Pero no penetraron realmente en ella ni la conquistaron, ciertamente. Les tocó asumir los mismos reproches dirigidos a las iniciativas anteriores. ¡Qué instructivos son estos esfuerzos apostólicos, con sus buenos comienzos, su intransigencia, plena de juventud, divertida pero respetable; la cima de su éxito, con el período en que el movimiento se extiende; y su lento y fatal descenso; pero, además, qué admirables son estas historias, dentro de su precariedad!

El medio al que llegar, la masa proletaria de nuestras ciudades, masa materializada y medio agonizante de nuestros campos, está tan lejos, tan lejísimos del cristianismo, de las costumbres cristianas, de los hábitos propios de un medio cristiano... Por eso un libro de un raro valor abogó por una nueva forma de acción católica. Quiero hablar de *Francia, país de misión*. Es un libro excepcional por la sinceridad y la perspicacia de sus juicios. Nunca antes había leído un libro de un vigor tan sano; y además, ¡escrito por eclesiásticos! (4). Esto sólo val-

---

(4) H. Godin e Y. Daniel, consiliarios de la JOC, fueron los autores de este libro, que apareció en 1943, que alcanzó una venta de 140 mil ejemplares (incluida la edición de bolsillo de 1962, año del comienzo del Concilio Vaticano II), y que, en 2014, reeditó Roger Dumont, en las ediciones Karthala junto con otros documentos. De su presentación tomamos lo siguiente: El libro se publicó a petición del cardenal Suhard, arzobispo de París, enfatiza la inadecuación de las parroquias y aboga por otras formas comunitarias. Un siglo antes, en tres documentos presentados a Mons. Sibour, arzobispo de París en 1849 (durante la breve II República) se formuló lo mismo. Estos documentos ya se habían publicado en 1978 en: *La religion est perdue à Paris... Lettres d'un vicaire parisien à son archevêque en date de 1849, suivie d'un Mémoire adressé au même*. Estos textos del siglo XIX y del XX son relevantes aún a principios del siglo XXI. Dentro de un catolicismo tradicional, manifiestan una fuerte aspiración a una práctica liberada de las fórmulas heredadas. El prólogo de R. Dumont, el prefacio de J.-P. Guérend y el epílogo de É. Poulat nos recuerdan la fuerza de estos textos que se publican de nuevo no para aumentar una arqueología del pensamiento sino para iluminar las responsabilidades actuales.

dría para que sus autores tuvieran un reconocimiento especial. No sé si se logrará lo que proponen, ni siquiera sé si esta acción es posible y deseable pero quizás hayan inaugurado el camino de unas “confesiones públicas”, hechas ante cristianos, para cristianos, por cristianos. Tal es el camino real y necesario para preparar las formas futuras de todo apostolado digno de tal nombre. El libro critica a la JOC igual que la JOC criticó a los “Equipos sociales”. Quieren llegar a las masas pero de hecho sólo las rozan. Quieren hacer apostolado en y a través del trabajo pero quienes hacen apostolado en su medio, en cierto modo, se aíslan de él. No sólo son demasiado totalmente cristianos como para ser homogéneos dentro de su entorno –¿y quién podría reprochárselo? – sino que, además, su naturaleza se refina, se humaniza y ya, sólo en términos de relaciones sociales, dejan huella. Son más de su parroquia que de su entorno. Pero dejemos que este libro intrépido y, a mi modo de ver, profundamente cristiano funde sus “comunidades misioneras”. Deseemos que esta nueva ola penetre más en las masas populares, endurecidas por su paganismo y marcadas tanto por las degeneraciones cristianas como por las costumbres proletarias. Pero, sin embargo, hagámonos una pregunta <sup>(5)</sup>.

Estos medios proletarios de nuestras grandes ciudades, estas masas campesinas de nuestros pobres pueblos, semidesiertos y a menudo sin alma, ¿deben ser sólo evangelizados o también hay que rehacerlos? Excluyamos de nuestro estudio,

---

<sup>(5)</sup> Podemos fijar aquí el punto en el que Légaut procede a expresar lo que piensa en 1945 y a manifestar una cierta reserva frente al libro que comenta. Notemos además que Légaut, treinta años después, retomó y formuló, aunque de forma distinta, tanto el reconocimiento del valor del libro como la expresión de sus límites. En efecto, Légaut habló de rebasar “la intuición de Cardjin y de la JOC” en un capítulo de *Patience et passion d’un croyant* (París, 1976, pp. 196-7, y París, 1990, pp. 197-8); capítulo que publicamos en *Cuadernos de la Diáspora* 28, Madrid, AML, 2016, pp. 40-41. Este fragmento de 1976 es importante: además de ofrecernos otro análisis social de Légaut, indica el trasfondo de las imágenes del fermento y de la levadura, tan características de los Evangelios y tan del pensar del propio Légaut.

si os parece, el milagro, siempre posible aunque raro en nuestro tiempo, y preguntémonos si, en estas condiciones, se trata una misión como las de África ante pueblos naturalmente religiosos, con una moral sana aunque no sea similar a la nuestra; o si se trata de una misión parecida a la de los religiosos en las leproserías, que buscan no curar la lepra, de suyo incurable, sino ayudar a vivir y salvar el alma. ¿No habrá que suministrar sangre nueva y reemplazar así lo que ya está en un estado de descomposición tan avanzado que sólo un taumaturgo lo podría remediar? Este es el núcleo del problema de las masas. Es doloroso tener que plantearlo en estos términos, que parecen dudar de la capacidad religiosa y práctica de los humanos. Pero ya no es momento de medias tintas ni de cautelosas reservas y debemos seguir el magnífico ejemplo que nos dan los autores de *Francia, país de misión*.

Esta pregunta, en mi opinión, no se plantea en este libro. Podía no plantearse porque el interés y la utilidad del mismo no depende de la solución que se proponga sino de los límites del apostolado misionero y del nuevo esfuerzo que puede requerirse. La inspiración de *Francia, país de misión* es exactamente la continuación de lo hecho y planteado hasta ahora. Es la sistematización extrema del mismo espíritu. ¿Cómo podría irse más lejos en la misma dirección? Se invocan los métodos de san Pablo y de la Iglesia primitiva en los medios paganos; y ello tiene su razón de ser si nuestras masas proletarias fueran tan capaces como los paganos de antaño, de recibir el mensaje de Cristo. Pero, ¿no son más bien incapaces de religión y sólo capaces de asumir las idolatrías cerebrales que son las ideologías modernas? Se mencionan, con cautela, los métodos de los comunistas o de los hitlerianos. Pero, más que tener un cierto parecido formal, ¿no son éstos una tentación constante para esta nueva misión? ¿Hasta dónde puede llegar la caridad? ¿Puede utilizar todos los medios? Hacerse a todo para llegar a todos, ¿es legítimo? Pensemos en las tentaciones del desierto. Las fermentaciones y la podredumbre pueden

utilizarse para hacer una revolución pero hace falta un taumaturgo para extraer de ellas salud y algo cristiano. Los maravillosos ejemplos de apostolado que se narran en este libro no responden a esta cuestión esencial. Tampoco podrían haberlo hecho, en buena lógica. ¿No es también de una cierta élite este joven boxeador al que la JOC no llega y que, ciertamente, está aún más lejos de las zonas de influencia de los Equipos sociales de Garric y de los Círculos de estudio de Albert de Mun? En la masa proletaria de nuestras grandes ciudades, en nuestros pueblos materializados y disminuidos, ¿no hay una pérdida importante e irremediable? En el fondo, ante esta cuestión crucial, hay una opción que tomar, de la que sólo el tiempo dirá si fue correcta o no. Si uno rechaza creer en este residuo para el que no habría levadura posible, la solución preconizada por este libro completa magistralmente el magnífico movimiento de acción católica iniciado por Albert de Mun y continuado luego por tantos grandes cristianos. Si, por el contrario, uno suscribe esta cruel hipótesis, habrá que pensar en otras vías para completar las precedentes.

Hubo ya un tiempo en el que la Iglesia tuvo que reconstruir la civilización occidental. Fue tras la caída del Imperio romano y las grandes invasiones. Esta pesada tarea lo llevó a la Cristiandad. ¿Estamos ante los primeros destellos de un amanecer semejante? Sí, si asistimos a los últimos coletazos de una civilización moderna que se desmorona entre sus ruinas; sí, si los cristianos toman conciencia del significado de su tiempo y se preparan no sólo a ser apóstoles sino reconstructores. Pueden hacerlo. Ya les retorna la fuerza, que tiene que estar bien dirigida y ser bien utilizada, sin embargo.

Hay que reconstruir las clases de base en la medida en que, agotadas, deformadas, corrompidas, ya no disponen de suficientes elementos vitales. Es la reconstrucción más urgente y necesaria. El resto vendrá por añadidura, como la cosecha cuando la tierra está en buenas condiciones. Reconstrucción tan vasta como una civilización. Cualquier método parece

ridículo por su pequeñez frente a una obra tan inmensa que desborda al hombre por todos lados. Sin embargo, debemos ponernos a la obra o aceptar morir. La fe es inconmensurable ante el tamaño de los obstáculos. Sólo los cristianos, por su fe, pueden trabajar en esta dirección. Pero hace falta que al menos algunos abandonen decididamente la actitud mantenida por la mayoría de los suyos ante el mundo desde hace cuarenta años. Deberán interesarse en la experiencia de esta civilización sobre todo industrial y económica; pero no para sumarse ciegamente a ella y correr con todos hacia un suicidio colectivo sino para extraer un provecho y saber mejor qué hacer y qué evitar en el futuro. Estos cristianos deben saber que los dioses de nuestro tiempo tienen los días contados; y me refiero en particular a la Economía y a la Técnica puramente material. Aunque vivan mucho tiempo aún, perecerán junto con sus últimos adoradores. Es mejor creer en el Dios de Moisés, de Abraham y de Jacob, en el Dios de Jesucristo. En definitiva, la historia de la salvación continúa. La Biblia puede enseñar a los cristianos más sobre todo esto que las reflexiones de los políticos y los cálculos de los estadísticos. La Iglesia debe ciertamente continuar el apostolado de las masas. ¿No se lo debe a los más pequeños, a los que la gracia de Dios llama y que aún pueden responder? La Iglesia tiene que generar células sanas que sustituyan a las que se están pudriendo; células que rehagan un cuerpo o, más bien, una base para esta humanidad que sea capaz, de nuevo, de recibir un mensaje religioso. Si no, ¿a dónde vamos a ir a parar? Debe reconstruir una clase obrera y una clase campesina que sean sanas y sin las que el mundo va hacia su aniquilación. Lo logrará ciertamente, por su actual apostolado, pero también –lo cual me parece un camino necesario– a base de infundir sangre nueva, procedente de miembros de otras clases sociales, fieles a su espíritu.

Concretaré mi idea mediante un ejemplo concreto. Pienso en mi pueblo. Si creo en el valor absoluto y definitivo de la actual evolución social y económica, dentro de cincuenta años

será un montón de ruinas, como ya lo son tantos otros en medio de unos campos que estarán en camino de volver a ser páramos y bosques. Querer vivir en ellos es un absurdo social. Como mucho, uno podría ser allí ermitaño pero, según la mentalidad cristiana actual, ¿no es algo condenable? Si, por el contrario, mido la degradación acelerada del hombre sometido tanto a las leyes económicas actuales como al trabajo y a la vida insana que por todas partes se le impone, puedo llegar a pensar que este pequeño rincón de Francia, todavía bastante preservado, es una tierra de futuro. Los hombres aún pueden crecer en él aunque muchos no lleguen a coger apego a esta tierra y permanezcan atrapados en la gran máquina moderna. Los campesinos siguen siendo hombres pero están indefensos ante los microbios de las ciudades. Los viejos aguantarán porque son viejos y están anclados aunque no sean firmes en su tradición familiar y de pueblo. Los jóvenes ya no tienen esta ancla de salvación ni la humanidad de sus padres. Están a merced de un encuentro, de una política, de un aumento salarial, de un impuesto sobre los productos agrícolas. Están maduros para que los devoren la gendarmería, los ferrocarriles, las fábricas o los bancos. Sin embargo, aún puede hacerse algo con ellos. No por los de fuera que se aprovechan de todas las facilidades de la ciudad y que vienen a aconsejarles que continúen con la vida dura del campo. No por sus padres, a quienes ellos juzgan y condenan por estar demasiado influidos por una mentalidad cogida no sé dónde y que los predispone a toda la decadencia. Tampoco por las JAC, que vegetan en los pequeños pueblos en que los jóvenes son tan pocos que es muy poco probable que alguno sea un fermento cristiano para el resto. Tal vez –y no es seguro–, por la vía de un cristiano que haya llegado al pueblo para formar una célula de vida. Este cristiano ha llegado allí, no para hacer apostolado –aunque puede que lo haga– sino para ser un habitante más del pueblo. Otros ya han venido con él. Otros vendrán después. En un pueblo como Lèsches, tres o cuatro familias darían una vitali-

dad nueva a la parroquia que aún no está muerta del todo. Y no podría asegurarnos que este pueblo no tuviera a su vez un papel vivificador en el conjunto de los pueblos del Alto Diois. ¿Es así como se reconstruye un país? Tal vez. No se trata de una evangelización en el sentido habitual del término. Es a medias una resucitación y una recreación. Permitidme insistir en el segundo término. Porque él indica lo que es nuevo en esta etapa, futura y posible, de una “acción católica”.

No tengo vocación de hacerme obrero. Así que no os hablaré de ello de forma concreta. Sin embargo, permitidme deciros –quizá para repetirme pero también para aclarar mis ideas– que no se trata, en la perspectiva actual, de ser obrero en cualquier lugar. Se trata de ser obrero en un oficio manual en el que se respeten las leyes de la naturaleza y las de Dios, de suerte que el trabajo de renovación interior del entorno sea duradero. No sabría entrar en los detalles de la aplicación de este principio. Soy incapaz de hacerlo pero me parece que los oficios y las vías artesanales, junto con la de ser campesino autónomo, se cuentan entre los espacios más sanos donde poder el hombre, mañana o pasado mañana, reconstruir una civilización que, si se dominan las invenciones técnicas para que no se vuelvan contra él, ellos serán capaz de ser, de verdad, el medio natural y religioso en el que las personas conozcan a Dios y lo amen.

Nuestros tiempos son temibles. El juicio de Dios se acerca. Parece que esta crisis mundial terminará de la forma más favorable. ¿Ha dado a la gente la oportunidad de convertirse tal como hicieron en su día Israel y Judá, bajo la vara de Yahvé? No lo parece. Más bien se piensa que, a los dos Baales de hoy, la Técnica y la Economía, no se les sirve como se debiera. Nadie se vuelve hacia el Dios de sus padres. Los cristianos, ¿harán lo mismo que los demás? ¿Seguirán a los mismos dioses o, por el contrario, renovarán las promesas hechas al fiel Israel, por las que nuestros grandes profetas siempre terminan su mensaje, lleno de los juicios de Yahvé? Sí, estos tiempos son temibles. También para cada uno de nosotros, la hora es solemne.